

## JOSÉ GARCÍA NIETO (1914-2001) *IN MEMORIAM*

BRAE TOMO XCIV • CUADERNO CCCIX • ENERO-JUNIO DE 2014

**L**A presente necrología fue leída por mí, según lo establecido, en el pleno académico del jueves 16 de mayo de 2002 y la entregué, a continuación, para el Boletín. No es posible ahora saber lo que pudo ocurrir, pero el caso es que no se publicó y yo lo he advertido ahora de casualidad. Nadie se había dado cuenta. Publíquese ahora —yo conservaba el texto en un archivo del ordenador— tan a destiempo, doce años después, en 2014, que por otra parte es ya el centenario de su nacimiento. Véase, pues, esta recuperación como el comienzo del homenaje que se le debe.

Señores académicos:

El año 2001 fue particularmente duro para esta casa y seis de nuestros ilustres y admirados compañeros nos dejaron definitivamente. De don José García Nieto, que falleció el 27 de febrero, iba a hacer la necrología don Camilo José Cela, al que hemos perdido también. Amigos íntimos desde su juventud, de vidas y andanzas compartidas, pese a poseer talentos y personalidades tan claramente diferentes, familiarmente compadres incluso, era nuestro premio Nobel la persona indicada para rememorar ante nosotros la figura de su amigo fraternal, del poeta clasicista, del hombre mesurado y discreto que García Nieto fue, y se había comprometido a hacerlo, pero el deterioro de su salud lo fue retrasando y le llegó la muerte sin haber cumplido este rito necrológico con que la Academia despide a quienes fueron miembros de la corporación. El Señor Director me ha encomendado que sea yo quien lo supla, pues las especiales circunstancias del caso, la situación penosa de don José García Nieto durante tantos años, ausente de esta casa desde junio de 1990, anclado en las cuatrocientas cuarenta asistencias que le señalaba el escalafón desde ese año fatídico de su accidente vascular, y la renovación natural que se ha ido produciendo en la corporación durante esos años, hace que no seamos ya demasiados los académicos que llegamos a coincidir con él y que podamos recordarlo en su actividad académica, en su generosa entrega a las tareas y cometidos que se le confiaron.

Quiero recordar que don José García Nieto fue elegido académico el 28 de enero de 1982 y tomó posesión el 13 de marzo de 1983, con un discurso escrito en verso, *Nuevo elogio de la lengua española*, hecho este, el de hacer el discurso en verso, que sólo tenía un precedente, el de don José Zorrilla.

Hermosa pieza poética aquel discurso en que el autor enhebra la larga serie de alabanzas que nuestra lengua ha merecido y convierte en apropiado verso tantos históricos requiebros en prosa, tantas confesiones de amor al idioma, a las que añade la suya propia:

«Hoy he visto que por mí vivía  
el supremo don de la palabra.  
Moneda inmerecida y refulgente,  
alucinante rayo, centella arrebatada,  
surco de una cosecha milagrosa,  
campo con una mies inesperada,  
abeja de un panal innumerable,  
torre de luz, almena abanderada».

He de decir que yo no conocí personalmente a García Nieto hasta que no vine a esta casa. Tampoco había sido nunca un entusiasta de su poesía. Allá por los años cuarenta, en ese trance juvenil de construirse uno su particular parnaso, las revistas *Garcilaso*, primero, y luego *Poesía española*, me parecieron quizá demasiado ahormadas y un tanto solemnes para mis entusiasmos líricos de entonces. Pero he de añadir de inmediato que, en cuanto lo traté, me ganó su persona. Era un hombre íntegro, generoso, cordial, de clara inteligencia y exquisita delicadeza, abierto a la comprensión y la amistad. Creo que llegué a tenerla con él, que me favoreció con su afecto y su confianza. Había muerto su madre poco antes y me confesó su desolación, su íntima sensación de orfandad, pese a los setenta y tantos años que ya tenía; publicó entonces su *Carta a la madre*, de la que debo decir que es una de las mayores elegías que se hayan escrito jamás en español. Es el único de sus libros que tengo dedicado de su mano; por él entré yo ya, profundamente, en su poesía y fui recuperando luego, para el sentimiento y la admiración, su lírica anterior, hasta entonces por mí desatendida.

Prologaba ese libro nuestro compañero Pere Gimferrer, que le hacía a García Nieto y a su lírica la justicia que otros le habían negado o regateado y que acaso habían influido sobre mí. Dice que conoció, en su adolescencia, la poesía de García Nieto en «dos breves y prietos volúmenes, bellamente editados por Afrodasio Aguado», y en ellos «no sólo la obra individual de García Nieto (que, bien se echaba de ver de buenas a primeras, no era sólo obra de sonetista, ni aun de garcilasista siquiera) sino también, al trasluz de ella, qué cosa era la poesía surgida en la posguerra. Pronto, junto a la escritura de García Nieto tuve además experiencia propia de su labor al frente de *Poesía española*. Conviene también recordar eso: aquella revista fue ejemplar. Todos tuvimos ahí cabida: los transterrados y los de la península, los periféricos y los de Madrid, los ilustres y los desconocidos. Yo fui uno de esos últimos».

José García Nieto había nacido en Oviedo en 1914, pero dos años más tarde, la familia se trasladó a Covaleda, en la provincia de Soria, donde su padre había sido destinado como secretario del ayuntamiento. Muere este cuando su hijo sólo cuenta seis años de edad y entonces el niño se traslada con su madre a Zaragoza y dos años después a Toledo, donde vive desde los ocho a los catorce años, porque en 1929 la familia se instalará en Madrid, y en esta ciudad transcurrirá ya siempre su vida. Uno de sus libros clave, *Geografía es amor*, por el cual recibió el Premio Fastenrath de esta Academia en 1955 y que luego conseguiría también el Nacional de Literatura, nos muestra sus emocionados retornos a todos estos lugares de su infancia y también su presencia lírica en tantos otros lugares de nuestra patria. Se lo dedica a su hijo con una larga y bellísima silva arromanzada que comienza:

«Esto que tienes ante ti,  
hijo mío, es España.  
No podría decirte —yo no puedo,  
al menos con palabras—  
cómo es su cuerpo duro,  
cómo es su cara trágica,  
cómo su azul cintura, extensamente  
humedecida y agitada».

*Elegía en Covaleda, Toledo*, los asturianos *Lastres* y *Perlora*: los títulos de sus poemas están llenos de nombres de lugar, porque la vida se va haciendo en unos u otros lugares y el tiempo se nos va consumiendo en los espacios. En Madrid, sobre todo, el de nuestro compañero desaparecido. *Sonetos y revelaciones de Madrid* es el nombre de otro de sus libros, por el que recibió el Premio Francisco de Quevedo; y probablemente el último poema que escribió fue un *Soneto a Madrid*, que vio la luz cuando ya estaba él enfermo, en 1991:

«Centro de España, corazón, latido  
de fecundas y unánimes orillas,  
almena singular de las Castillas,  
faro de luz, señero y repartido,  
eres un libro abierto y ofrecido  
—siete estrellas, setenta maravillas—;  
sabe bien a qué altura creces, brillas,  
quien con amor a diario te ha leído.  
Corte con tu lección de cortesía,  
tesoro de tu sol al mediodía,  
y en los ocasos con tus oros viejos...  
Madrid, no rompeolas, atalaya,  
ciudad para vivir donde las haya  
y evocación de un sueño si estás lejos».

No quiero abrumar con títulos. Seamos discretos, como lo era él, al recordar su figura literaria. Treinta y cinco libros de poesía publicó a lo largo de su vida. Y en 1996 fue honrado con el Premio Cervantes.

Hasta diecinueve premios literarios se le habían concedido con anterioridad, a lo largo de su vida de escritor. Y no todos fueron de poesía. García Nieto fue también un fino prosista, elegante y sutil, y sus artículos periodísticos, por ejemplo, se leían siempre con provecho y con gusto. Logró así, entre otros, premios de periodismo tan prestigiosos como el «Mariano de Cavia» o el «González Ruano». También el «Hucha de Oro» de cuentos. Me parece esto decisivo para redondear su perfil literario en esta evocación de su figura. En la valoración final de un poeta nunca podremos dejar de preguntarnos cómo era su prosa: esa es, a mi juicio, la piedra de toque. La evidente calidad de la de García Nieto fue reconocida en su momento, como queda explicado.

Hombre serio y mesurado y distinguido, no rehuyó tampoco, cuando la ocasión lo reclamaba, la composición satírica o el verso jocundo. En la tradicional comida académica del Director nunca faltaron sus intencionados poemas festivos y siempre acudió con alguna composición humorística vinculada a alguna circunstancia reciente o a alguna costumbre académica. Por ahí quedan, en nuestros archivos, y algún historiador las aprovechará en su día. Recuerdo la descripción de un pleno, por seguidillas, que nos regaló en 1989. Valga esta estrofa como muestra:

«A cónclave han tocado,  
pero los fieles  
se agolpan en la mesa  
de los pasteles.  
Un retrasado  
mastica entre las preces  
su emparedado».

En otra ocasión nos presentó de este modo una *Elección de candidato*:

«Hay treinta excelencias  
con cara de mus.  
Abran la enigmática  
urna. “Fiat lux”.  
Se barrunta el riesgo  
de algún patatús  
en torno a la mesa  
que talló Hartzzenbusch».

Participó muy intensa y entregadamente de la vida académica nuestro desdichado compañero en los algo más de siete años que asistió regularmente a sus sesiones. Fue vicesecretario, luego bibliotecario, finalmente secretario. Y muchos creemos que las obligaciones y compromisos de este cargo, que lo sobrecargaron, algo tuvieron que ver con su infortunada enfermedad, que no pudo superar y que nos lo arrebató, sin retorno, para la vida y los trabajos de esta casa desde el 21 de junio de 1990, fecha de la última acta que firmó.

Había comenzado el crecimiento de las actividades de la Academia y el desarrollo que la llevaría a su estado actual; pero no existían todavía los medios personales ni materiales para hacer frente a la nueva situación. No se había creado aún la gerencia y sobre el secretario recaían toda suerte de deberes y responsabilidades. Él era hombre equilibrado, prudente y juicioso, pero se sintió comprometido con aquella ingente carga que se le vino encima y que lo superaba, sin que pudiera atender como él quería, pese a poner en el empeño toda su diligencia y solicitud. Firme en su señorío y su lealtad, se le fue borrando, día a día, la sonrisa cordial que siempre lo había caracterizado en la convivencia académica, hasta que la mente se le sumergió en esa niebla en la que sobrevivió. Creo que esta institución le debe hondo reconocimiento a José García Nieto, que posiblemente se excedió en su servicio. Y pienso que debo dejarlo dicho aquí.

Tampoco lo puede olvidar la historia literaria de la segunda mitad del siglo XX. Toda la aventura de la paulatina recuperación poética después de la guerra civil resultaría incomprensible sin su figura literaria y humana. Mencioné más arriba unas líneas luminosas y justas de Pere Gimferrer. Rafael Alberti había escrito aquello de «Si Garcilaso volviera —yo sería su escudero—. ¡Qué buen caballero era!». Volvió Garcilaso de la mano de García Nieto, que lo alzó como escudo al título de su primera revista, en 1943. No escudero de Garcilaso, sino otra cosa, una nueva dimensión posible y transitable, en aquel tiempo tan difícil; porque de él podemos decir, como Alberti de Garcilaso, con toda razón, en este trance final de su despedida: ¡Qué buen caballero era!

GREGORIO SALVADOR  
Real Academia Española